
Espacio, género y colonialismo

en *Panocracio, el huracán* (1856) de Gottfried Keller*

Martín Koval

Resumen

Este trabajo, que procura aportar a la comprensión del *realismo poético kelleriano*, plantea la tesis de que en el relato *Panocracio, el huracán* el problema de la relación entre lo masculino y lo femenino resignifica tanto las prácticas espaciales de los personajes como el motivo –poco frecuente en la obra global del autor– del colonialismo: que tiene lugar, en este sentido, una *genderización* de los mismos, en la que es posible leer, por su parte, el postulado de la existencia de unos roles sociales *naturalmente legitimados* del hombre y la mujer –en el cual se aprecia una cierta *misoginia* del autor–, así como una explicación *crítico-cultural psicologista* de la expansión imperialista europea. La violenta empresa colonial es entendida, concretamente, como *mecanismo de compensación masculina* del fenómeno social de la *emancipación de la mujer* (representado por Lidia), de un lado, y de la propia imposibilidad del hombre –en el caso particular del héroe del relato, se trata, además, de un joven con un *complejo de inferioridad*– de conciliar de forma armónica su *deseo sexual* con el imperativo de la *utilidad social*, de otro.

.....

Palabras clave

Análisis topográfico, prácticas espaciales, domesticidad, femineidad, masculinidad, colonialismo, carácter asocial, falta de padre, esfera familiar, formación, instinto formativo, modernidad, progreso, violencia, militarización, institucionalización, sexualidad, amor, deseo, complejo de inferioridad, dominio, represión, renuncia, animalización, crítica cultural, realismo poético

.....

*. El suizo Gottfried Keller (1819-1890) es considerado “uno de los tres o cuatro más grandes prosistas” en lengua alemana (Benjamin, 1991: 289). Acerca de su vida se sabe que, cuando tenía cinco años, murió su padre, lo cual dejó a la familia en una grave situación económica. Entre diciembre de 1848 y marzo de 1849 asistió, en Heidelberg, a un curso dictado por Ludwig Feuerbach –el objeto del mismo era su *La esencia de la Religión* (1845)–, lo que provocó un giro

Introducción

1. *Pancracio, el huraño*

Dentro de la colección *La gente de Seldwyla* [Die Leute von Seldwyla],¹ junto con *Doña Regula Amrain y su hijo menor*, *Pancracio, el huraño* es un texto singular. No tiene demasiadas características de la novela corta [Novelle], sino que es, más bien, una “novela en pequeño”, un “complemento del *Enrique el verde*”,² en el sentido de que su protagonista sufre un “desarrollo”, que se realiza “por medio de una interrelación con el mundo” (Breitenbruch, 1968: 84). En otras palabras: es una narración que pone en escena el problema de la *formación* [Bildung] de un niño hosco y asocial, que vive con su hermana y su madre –joven y viuda– en condiciones económicas muy precarias. La misma comienza cuando Pancracio huye de su hogar, a los catorce años de edad. Muchos años después (más de quince), regresa, convertido en coronel del ejército francés. Por medio del relato enmarcado del protagonista nos enteramos de todo lo que le ha ocurrido durante su larga ausencia: ha entrado al ejército inglés y viajado a las Indias Orientales. Allí ha trabajado de administrador en la residencia del gobernador de la región. Al cabo de cinco años, ha conocido a Lidia, la hija del gobernador, enamorándose perdidamente. La muchacha (presumiblemente, aunque no con total certeza) resulta ser una embaucadora: lo ha atraído y seducido simplemente para burlarse de él. Más tarde, en África, sirviendo esta vez al ejército imperialista francés, Pancracio se ha enfrentado con un león, en un episodio que por poco no acaba con su vida. Decidido a no unirse nunca a mujer alguna, y curado, a pesar de todo, de su hosquedad, finalmente, ha regresado a su casa. El narrador heterodiegético informa al final que Pancracio, su hermana y su madre deciden mudarse a la capital del cantón, donde el primero “tuvo la oportunidad de ser útil a su patria” sin recaer “nunca más en la hosquedad de antes” (Keller, 1978: 48). Pancracio no se casa –el casamiento es una preocupación básica de los héroes kellerianos– ni se convierte en padre él mismo, pero sí logra reemplazar, así, a su propio padre muerto en su función de proveer de sustento y protección a la familia.

.....
espectacular en su concepción del mundo: se volvió ateo y materialista. Entre 1850 y 1855 vivió en Berlín, en usufructo de una beca de estudios concedida por el cantón de Zurich, y escribió entonces el primer tomo de *La gente de Seldwyla*, así como la primera versión de su novela de formación *Enrique el verde*. En 1861 resultó electo primer escribano público de su cantón natal, cargo que ocupó hasta 1876 y que marca el inicio de su periodo de madurez.

1. El primer tomo de esta colección de novelas cortas, dentro del cual está incluido *Pancracio, el huraño*, se publicó en 1856; el segundo, en 1874. Todas las narraciones que componen el primero fueron escritas en 1855; las del segundo fueron concebidas ya en 1857, con la excepción de *El traje hace a la persona*, que data de fines de la década del '60 (Kaiser, 1981: 270).

2. Keller escribió *Der grüne Heinrich*, su gran novela de formación, en 1854/55. En 1879/80, sin embargo, la reescribió y publicó una segunda versión, marcadamente más conciliadora que la primera: si en la versión temprana Heinrich muere joven, en gran medida por la culpa que siente ante la muerte de su madre, de la que se cree responsable por su propia inmadurez, en la segunda versión logra sobrellevar su sentimiento de culpa y encuentra un trabajo en su patria, además de una compañera de vida, Judith, a quien conocía de sus tiempos de adolescente. Kaiser sostiene que *Pancracio, el huraño* es un *Entwicklungsroman* [novela de desarrollo] a la manera de *Der grüne Heinrich* (cit.: 285) y Ermatinger compara explícitamente *Doña Regula Amrain y su hijo menor* con *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* [Wilhelm Meisters Lehrjahre] (1795/96) de J. W. Goethe, esto es, el modelo por excelencia del subgénero *Bildungsroman* (1990: 317).

2. Descripción del trabajo e hipótesis

Unidades de análisis

En una primera instancia, se lleva a cabo un relevamiento *topográfico* (¿Cuáles y cómo son los espacios representados? ¿Quiénes y cómo los habitan en cada caso?). En segundo término, se analiza el modo en que, al interior de esos espacios, está configurada la relación entre lo *masculino* y lo *femenino*, para lo cual entendemos que “la *masculinidad* y la *femineidad*” son “posiciones enunciativas” (Baydar, 2005: 31), que el *género –femineidad vs. masculinidad–* es una variable cultural, simbólica, que alude a distinciones *socialmente creadas*, mientras que el término *sexo* remite a distinciones biológicas entre hombre y mujer.³ Entonces: en esta segunda instancia se trata de estudiar las relaciones de *género* al interior de los espacios representados en la *Novelle*. Teniendo en cuenta esto, en fin, planteamos nuestra *primera pregunta de investigación*:

1. ¿Qué relaciones pueden establecerse entre los rasgos atribuidos en *Pancracio, el huraño* a las posiciones enunciativas antagónicas de lo *femenino* y lo *masculino*, de un lado, y el modo en que hombres y mujeres ocupan los espacios concretos, de otro? (O, con Baydar, “¿cómo ocupan mujeres y hombres el espacio, cómo son esas prácticas espaciales?” [2005: 30]).

En tercer término, ponemos en relación estas *prácticas espaciales genderizadas* con el fenómeno del *colonialismo moderno*. El héroe del relato, un suizo convertido en agente del colonialismo, atraviesa distintos espacios coloniales (entre otros, ciertas zonas de la India y de Argelia)⁴ en los que entra en relación con sujetos “subalternos” (Spivak, 1998). Es un hecho comprobable, con todo, que Pancracio no revela tener un interés auténtico por la empresa colonial europea (sus tentativas obedecen siempre a razones ajenas a la misión colonialista misma). Planteamos, en virtud de esto, una segunda *pregunta de investigación*:

2. ¿En qué sentido el discurso de Pancracio –es a través suyo (y no del narrador heterodiegético) que tenemos acceso a las representaciones de los *espacios coloniales–* puede ser concebido como *colonizador*? ¿Qué función cumple al interior del relato?

Hipótesis

En virtud de las dos preguntas de investigación, postulamos, respectivamente, el siguiente par de *hipótesis*:

1. Existe en el relato una relación *natural, positiva* entre lo *femenino* y la *pasividad doméstica* –que todas las mujeres corporizan y acatan (la madre y la hermana

.....

3. Por más que esto ha sido criticado y ha quedado superado por análisis más complejos (Bondi y Davidson, 2003: 327), la diferenciación básica entre sexo y género nos proporciona un criterio de diferenciación terminológica válido. Como aclara García Ramón: “el término *género* se refiere a las diferencias originadas social y culturalmente entre lo femenino y lo masculino, mientras que el término *sexo* se refiere más bien a las diferencias biológicas entre hombre y mujer, aunque últimamente se insiste también en la idea de que el sexo también se construye socialmente” (2005: 338). O, como sostiene Spivak, el *género* es el nombre que se le da a “la construcción ideológica de la diferencia sexual” (1998: 199).

4. “Hablar de [colonialismo] [...] es hablar principalmente [...] de una empresa cultural británica y francesa”, recuerda Said (ibíd.: 22).

de Pancracio, la madre de Lidia, la mujer hindú salvada de ser cremada), con la excepción de una (Lidia)– y entre lo masculino y, por un lado, la *actividad* y, por otro, la *ruptura (temporal, formativa) de lo doméstico* –que Pancracio realiza sólo a medias.

2. El *discurso colonialista de Pancracio está genderizado* y es explicable como una respuesta violenta (y por eso negativa), por un lado, a la ruptura, por parte de Lidia, de aquel vínculo pretendidamente *natural* entre lo femenino y lo doméstico y, por otro, al autodescubrimiento, en su propia psicología, de aspectos que él mismo interpreta como *no masculinos* y que, por ello, deben ser erradicados (en particular, su *hurañía*, entendible como manifestación de un *complejo de inferioridad*, y su *deseo sexual*, que él concibe, por igual, como rasgos antisociales). En este sentido: el *colonialismo moderno*, el aniquilamiento del sujeto no europeo, es entendido como *mecanismo psicológico de compensación* por parte de unos hombres (en este caso Pancracio) que han *perdido* el control de la mujer y que están violentados internamente por la coacción de la integración social.⁵

1. Aspectos topográficos

Los espacios representados en el relato pueden ser asociados a las distintas etapas de desarrollo de Pancracio:

1. *Infancia*. El mundo espacial de la infancia de Pancracio está subdividido en distintos subespacios: la “casita en ruinas”, con su “campo sembrado de patatas” (1978: 11), frente a las puertas de la ciudad de Seldwyla; la montaña a la que el héroe sube todas las tardes a presenciar la puesta del sol (ibíd.: 11); los campos y bosques que recorre buscando muchachos con los que pelearse (ibíd.: 13); y, finalmente, un estrecho espacio simbólico: “dos metros bajo tierra” (ibíd.: 11) está el *padre muerto*. A esta limitación extrema (la tumba del padre) le corresponde, en el mundo de los vivos, la estrechez (espacial y económica) en la *casa materna*. A su vez, esta se halla en una relación de oposición con los dos espacios en los que el casi adolescente protagonista encuentra resquicios de libertad: la montaña y los campos y bosques.
2. *Adolescencia*. La adolescencia del héroe del relato transcurre en los siguientes espacios: la pradera, a la que llega después de caminar durante toda la noche de su fuga, y donde trabaja (si bien sólo durante medio día) por primera vez en su vida (ibíd.: 21); el bosquecillo de hayas en el que, esa tarde, se tira a descansar (id.); la desembocadura del Rin, donde llega después de caminar durante ocho horas nocturnas; el puerto de Hamburgo (ibíd.: 22).⁶ A esto hay que agregar: el buque

5. La noción de sexualización del espacio (Sue Best) es fundamental para entender la función del discurso colonialista en la *Novelle*. La espacialización de la femineidad y del cuerpo de la mujer (Best, 2002: 185 y ss.) determinan en buena medida el discurso colonizador del héroe del relato, por lo que se puede decir que este está *genderizado*. Mas también, como decimos, lo está en un segundo sentido: responde, en tanto mecanismo de compensación, a las representaciones del héroe relativas a su propia masculinidad y lo que ella entraña socialmente.

6. El resultado de este periplo es positivo, en términos *formativos*: “esa vida al aire libre, con el continuo alternar de pesados trabajos, sólidas comidas y despreocupados descansos, me sentó a la perfección, y mi cuerpo recibió un entrenamiento tal que llegué al gran emporio comercial de Hamburgo hecho un mozo fuerte y guapo” (id.).

mercante inglés en el que se embarca rumbo a Nueva York, Nueva York (donde Pancracio pasa una mañana) (ibíd.: 23), y el barco en el que viaja a la India en calidad de recluta del ejército inglés. En este país asiático, Pancracio vuelve a llevar una vida sedentaria durante casi una década. Vive en primer lugar en casa del comandante del ejército inglés. Los primeros cinco años allí son *formativos* para el héroe: aprende a desempeñar una multiplicidad de tareas. Al cabo de este lustro, llega Lidia, la hija del comandante, con lo cual, por un lado, el espacio, si bien continúa siendo el mismo, se transforma radicalmente en un sentido semántico y, por otro, su adolescencia (se ha fugado a los catorce años de edad; ahora tiene unos veinte) llega a su fin.

3. *Juventud*. En la India, el espacio central es la propiedad del comandante del regimiento –luego gobernador de toda la región– en la que el héroe trabaja como administrador y *multiusos*. Con la llegada de Lidia comienza la *juventud* de Pancracio. El *jardín* de esta residencia suntuosa deviene uno de los subespacios más importantes: es allí, “bajo los árboles umbrosos” (ibíd.: 29) que, pasados entre seis meses y un año de la llegada de Lidia, se enamora de ella y que, medio año más tarde (esta vez en el “sitio en que había una o dos docenas de naranjos, que saturaban el aire con su aroma”) le declara, infructuosamente, su amor (ibíd.: 37). El siguiente espacio atravesado por Pancracio es la *selva*, en la frontera más avanzada del imperio británico en la India. Allí pasa dos años y se convierte, por su buen desempeño militar, en capitán de la compañía (ibíd.: 42). Luego, cansado de todo y después de un frustrado regreso a la residencia del gobernador, se va a París, donde se une al ejército franco-africano para partir rumbo a Argelia. En este país africano se representa otro espacio importante en la novela corta: el *desierto*, y dentro de él, la *cañada* donde recuerda a Lidia y tiene el encuentro decisivo con el león.

2. Femeidad y masculinidad

2.1. *Esfera familiar*

La esfera familiar está compuesta por la *presencia fantasmal del padre muerto* –motivo autobiográfico muy recurrente en toda la obra narrativa de Keller–;⁷ la pobre madre, en extremo bondadosa y por ello mismo negativa, que trabaja todo el día con la rueca (con la que “ganaba la leche y la manteca necesarias para preparar las comidas con las papas que cosechaba”); la hermana Estercita, de doce años, que “tenía que hilar incesantemente” (ibíd.: 11 y s.); y Pancracio, el huraño, de catorce, que no hace nada útil para ayudar en la casa. La relación entre estos tres personajes tiene dos estadios: entre medio hay más de quince años de tiempo narrado.

Esfera familiar previa a la huida

La casa materna es un ámbito *femineizado* por la omnipresencia de la madre y la hermana. Ambas desarrollan una actividad laboral preindustrial en la que Pancracio no participa

7. Heinrich (*Enrique el verde*), Pancracio, Strapinski (*El traje hace a la persona*), John Kabys (*El forjador de su dicha*), Guillermo (*El engaño de las cartas*), Jocundo Meyenthal (*La sonrisa perdida*) y de algún modo Fritz Amrain (*Doña Regula Amrain y su hijo menor*) son niños-jóvenes sin padre (son todos huérfanos de padre, con la excepción de Fritz, cuyo progenitor lo ha abandonado para probar suerte en EE.UU.).

(“durante la mañana permanecía acostado para leer luego un rato” [1978: 11]; “era un chico terco y quisquilloso, que jamás se reía y no hacía ni aprendía nada en este bendito mundo de Dios” [ibíd.: 12]). La actividad económica de estas mujeres se limita a cubrir las necesidades materiales de la pequeña familia, no les posibilita ahorrar ni invertir el dinero ganado. En este sentido tiene la forma de un ciclo “natural” (la pequeña familia vivía “día tras día, siguiendo siempre un orden rutinario y sin variaciones” [ibíd.: 13]); se nos informa, por otro lado, que todos los años se repetía la misma situación de pobreza extrema en la misma época, y que esto se materializaba cuando el pote de manteca del que disponían se acababa: la “aparición del fondo verde del pote era un fenómeno anual tan regular como cualquier fenómeno celeste” [ibíd.: 11]). Se trata, pues, de un tipo de vida doméstico-económica en la que no tiene lugar ningún tipo de *progreso* (todo lo contrario de lo que ocurre, por ejemplo, con la economía familiar en *Doña Regula Amrain y su hijo menor*).

¿Por qué no colabora Pancracio en la economía doméstica? No está claro en la novela corta: se alude tan sólo a que su madre se compadecía de él “al ver que no podía aprender nada” (ibíd.: 12).⁸ Lo que interesa aquí es mostrar cuáles son sus *prácticas espaciales*, cuáles son los espacios que le permiten sustraerse a esa práctica económica ligada a lo doméstico y lo femenino. El huraño e indisciplinado Pancracio tiene tres únicos placeres, vinculados a tres espacios ajenos a madre y hermana: permanecer hasta tarde en su *habitación*, subir por las tardes a *la montaña* a presenciar la puesta del sol y andar por *campos y bosques* con el fin de pelarse, de medir sus fuerzas con otros muchachos (ibíd.: 13). La muerte temprana del padre constituye una amenaza para su *masculinidad* (agravada por el carácter compasivo de la madre): los espacios *habitación, montaña y campos y bosques* son, en este sentido, ámbitos de ejercicio de una masculinidad posible.⁹

Esta búsqueda de espacios ajenos al ámbito doméstico por parte del héroe está en relación con lo que se postula como un dato innato en su constitución psicofísica y que puede ser entendido como un moderno *instinto formativo*, como un instinto de *masculinización*. A diferencia de la pasiva Estercita,¹⁰ que acepta su función doméstico-laboral acríticamente,

8. Este gesto de la madre de Pancracio es, en la cosmovisión de Keller, negativo: produce un sentimiento de *culpa* en su hijo varón.

9. La falta de padre, que supone un desequilibrio familiar, entraña un peligro formativo para el hijo varón: pone en riesgo su socialización. En relación con esto y acerca de su *Enrique el verde*, el propio Keller se expresa en una carta al editor Vieweg del 3 de mayo de 1850: “La moral de mi libro es que a aquel que no logra encontrar un equilibrio en su persona y en su familia, también le resulta imposible desempeñar una función activa y honrosa en la vida pública” (cit. en Gsell, 1976: 68).

10. Su pasividad y su falta de intereses vitales autónomos, su poca personalidad y escasa libertad individual, se verifican en una de las razones por las que decide no casarse nunca, tras la huida de Pancracio: “Ester, que se había transformado en una hermosa joven, [se disponía] a ser una fina y bonita solterona, que quedaba junto a la madre no sólo movida por su lealtad, sino también por la curiosidad de presenciar el instante en que, por fin, reaparecería el hermano y para ver cómo terminaría el asunto” (ibíd.: 14). El hecho de que Ester se quede dormida cuando, quince años después, su hermano en efecto regresa para narrar su historia alude a la total carencia de sentido de su existencia. La *modernidad*, encarnada en Pancracio, contrasta con la *domesticidad*, representada por Estercita. Con todo, no sólo es significativo en ella su pasividad, sino también su “ligereza de sentimientos”. Se trata de un rasgo de carácter que aquel no puede entender. Le resultaba penoso que ella “derrama[ra] a menudo abundantes lágrimas” y que, en seguida, “el sol de su buen humor [reluciera] a través de las mismas”. Este carácter inestable “ofendía tanto a Pancracio que sus hoscas actitudes de encono se tornaban cada vez más prolongadas y lloraba en secreto movido por la ira que él mismo despertaba” (ibíd.: 13). Ester, una encarnación de la *domesticidad*, es, en cuanto a su

Pancracio siente “un rebullir de fuerzas” (ibíd.: 13) en su interior que hace que su existencia en los estrechos márgenes del mundo femenino le resulte insoportable. De modo que su sorpresiva fuga no es sino una consecuencia lógica de la estrechez en el hogar materno y de su propia condición de hombre. Al irse, el héroe del relato sale en busca de su *masculinidad*: sabe que, sea lo que sea, no podrá adquirirla en los límites del hogar sin padre. Revela sentir una innata necesidad de movimiento que choca con el trabajo rutinario de las mujeres con las que vive (“ninguna ocupación me atraía, y así no había esperanza de que aquello cambiara jamás, porque todo lo que veía hacer a los demás me parecía miserable y necio. Hasta vuestro incesante hilar me era insoportable y me hacía doler la cabeza, por más que me permitía haraganear” [ibíd.: 21], les confiesa a su madre y hermana, al regresar de sus años de viaje).

Esfera familiar después del regreso de Pancracio

El segundo y definitivo estadio de las relaciones intrafamiliares se abre con el regreso de Pancracio. La pulsión formativa lo ha convertido en un “hombre hecho”. Se fue siendo un bueno para nada; ha regresado en calidad de coronel del ejército francés, “y en una carroza tirada por cuatro caballos” (ibíd.: 19). ¿Qué ha sido, entretanto, de Ester y su madre? Ellas sólo han envejecido (el mundo habitado por estas es radicalmente distinto del de Pancracio: se trata de una oposición que remite a la dicotomía naturaleza/cultura). Nada ha cambiado en la casa materna a lo largo de más de quince años: no han sido capaces de llevar adelante reforma alguna. De hecho, en el camino de regreso al hogar, el héroe se detiene a comprar velas, porque “había recordado cuán débil había sido siempre la luz de la mísera lamparita de aceite de pescado”. En virtud de la nueva visibilidad que logra por medio de esta mejora tecnológica, “aprovechó la clara luz de las velas para mirar las caras envejecidas de su madre y de su hermana”, lo cual, por otro lado, “le emocionó más que todos los peligros con que se había enfrentado” (ibíd.: 19). Debemos deducir que la mala iluminación no fue mejorada por madre e hija, que son inútiles, dependientes, desamparadas; Pancracio, por el contrario, es un agente de la mejora tecnológica, del progreso y la modernización.

Nada cambia en Estercita y su madre en ese lapso temporal; el que sí se transforma es Pancracio. Esto alude a un importante rasgo de la oposición *femineidad-masculinidad* en el relato: lo femenino es inmutable; lo masculino se desarrolla en el tiempo. Está en juego aquí una oposición entre masculinidad y femineidad que puede ser especificada a partir de la idea de una *genderización de la modernidad como masculina* (Heynen, 2005: 4). No sólo lo que hemos llamado *instinto formativo*, que conduce al héroe a abandonar el hogar, sino también el hecho de que madre e hija no se mueven del mismo son manifestaciones de esta idea. Las mujeres representan, al interior del relato, la tríada “tradición, continuidad, hogar” frente a la *falta de hogar* [homlessness] del varón (id.). Pancracio, convertido en coronel, es, asimismo, quien lleva la modernidad al hogar femenino –que se ha detenido en el tiempo durante más de quince años.

Madre y hermana son mujeres, y encarnan una posición enunciativa *femenina*. Ahora bien: ¿son criticadas al interior del relato? Más allá de lo que hemos dicho acerca de la madre sobre su incapacidad para suplantar al padre muerto –aspecto en el cual Regula de Amrain se revela mucho más eficaz y positiva–, se puede sostener que estas dos mujeres son, al interior de esta

carácter, *sentimental y caprichosa*. Es cíclica, como la naturaleza: tiene estados de tristeza y otros de alegría, pero es incapaz, como su madre, de *progresar*.

novela corta, como *tienen que ser* las mujeres. Su femineidad no es criticada. En apoyo de esta tesis podemos mencionar las razones por las cuales Ester no se casa (el motivo del casamiento es central en la prosa kelleriana): no es por su culpa, por *falta de femineidad* –en lo que respecta a la lógica del relato–, sino por el hecho de que los hombres del poblado de Seldwyla (un villorrio corrupto y deplorable) *no son lo suficientemente masculinos* (Gsell alude, implícitamente, a esto [1976: 33s.]). Los hombres kellerianos, a diferencia de las mujeres, poseen, como dijimos, un *instinto formativo* que los empuja a convertirse en algo mejor, a transformarse positivamente. En este punto Pancracio es una excepción: los hombres de Seldwyla se pasan el día en las tabernas (Keller, 1978: 19). Es por esto que el narrador comenta, con ironía, que a Ester “no le había resultado difícil permanecer soltera, dado que era inteligente” (ibíd.: 15).

Llamativamente, el destino de los hermanos resulta coincidente. Pancracio –como se verá– fracasa en el amor: no logra establecer una relación erótico-amorosa con una mujer. Lidia, la hija del gobernador inglés a quien conoce en la India, revela ser una mujer que, a diferencia de Ester y su madre, no está *domesticada*. Esto la convierte en una bestia semejante a los tigres y leones que proliferan en la segunda parte de *Pancracio, el huracán*. Los hombres de Seldwyla, aletargados en las tabernas, son *femeninos*, porque su actitud implica un freno al progreso material y social, un desentenderse de las obligaciones del hombre para con su familia y comunidad. Los dos hermanos, en este sentido, no pueden relacionarse eróticamente con otros miembros de la sociedad, porque estos están corrompidos (Gsell, 1976: 33 y s.). Es por ello que no resulta casual que la noche del reencuentro familiar, según dice el narrador, “la velada [transcurrió] como en un pequeño casamiento” (Keller, 1978: 19). Se trata de un *casamiento entre madre, hermana y Pancracio*, de una alianza de supervivencia en un mundo salido de quicio.

2.2. Años de viaje y formación

Los viajes en barco

Pancracio se embarca hacia Nueva York en un *buque mercante inglés* como ayudante del capitán, quien lo acepta “bajo la condición de que ayudara” en ciertas tareas a bordo. Estas consistían en “restaurar y fabricar toda clase de armas de fuego y pistolas” para venderlas en las colonias. “Eran extraños y fantásticos instrumentos de muerte”, agrega el narrador. Durante el viaje, el joven trabaja por primera vez de manera regulada y constante: “En silencio, me ceñía a mi trabajo, ejercitándome activamente, y a poco estaba embadurnado por completo con aceite, esmeril y limaduras, cual un recio armero” (Keller, cit.: 23). El contrato informal con el capitán, sus condiciones, que lo obligan a trabajar sin atender a su placer o displacer personales: todo esto es nuevo para él. Se trata, por otro lado, de un espacio exclusivamente masculino, habitado por “rudos y silenciosos mocetones” (ibíd.: 22). Esto revela el carácter heterotópico (Foucault, 2010: 81) del buque (marcado más fuertemente aun por la “vestimenta” de Pancracio: ¡viaja embadurnado en aceite y otros materiales!¹¹ La condición iniciática de este viaje resulta bastante evidente en el relato). El trato con las armas de fuego es, también, índice de masculinidad. Más aun: de una masculinidad que posee el

11. Hay en esto una referencia a la corporalidad de Pancracio. No parece un dato menor, en la medida en que, como sostiene García Ramón, “la experiencia del cuerpo es esencial para comprender las relaciones de las personas con los entornos físicos y sociales” (2006: 342). Se trata, con todo, de una dimensión del análisis que no desarrollamos en este trabajo.

atributo de la violencia. Se trata de europeos armados rumbo a las colonias inglesas, habitadas por “salvajes”. Esta *masculinidad violenta*, representada por el objeto simbólico *arma de fuego*, como veremos, es central en el relato.

En el *segundo barco*, el que lo lleva a la India, Pancracio viaja “metido en una chaqueta roja y en la condición de silente soldado inglés” (ibíd.: 23). Se trata pues, con Foucault, de un “trozo flotante de espacio” (2010: 81) en el que se mezclan dos heterotopías: la propia de la espacialidad del barco y la del servicio militar como espacio-institución con su legalidad propia, separada del mundo de la vida cotidiana y caracterizada por una disciplina rigurosa. El héroe vuelve a someterse, así, a una masculinidad signada por la violencia. En el viaje, disfruta de la regularidad (a los reclutas les sirven el alimento “con tanta regularidad como las estrellas siguen su órbita en el cielo” [ibíd.: 23]), de la camaradería masculina y del respeto por las jerarquías (ibíd.: 24), etc. “Así”, sostiene Pancracio, “llegué a ser un soldado muy disciplinado y capaz” (ibíd.: 24).

La casa del gobernador

En la India, Pancracio se aloja en la casa del comandante del ejército, que cinco años más tarde es nombrado gobernador de toda la región: “El comandante”, se lee,

se había alojado en una encantadora casa, airosa, situada en las afueras de la ciudad, en un valle completamente cubierto de palmeras, cipreses, sicomoros y otros árboles. Debajo de estos y alrededor de la alegre casa se habían hecho unos *jardines*, parte de los cuales se destinaba a plantar legumbres frescas, y las había en toda estación [...]. Cuando no había tarea alguna que realizar en el servicio como militar y hombre de confianza, me encargaba cuidar estos jardines y a veces, *para que no me afeminara en esos menesteres*, ir de caza con el coronel, con lo que me transformé en un hábil cazador. *En los lindes mismos del valle en que estábamos comenzaba una comarca árida y salvaje*, [...] que albergaba no sólo enjambres y tropeles de caza inofensiva, sino también a veces bestias feroces y, principalmente, *grandes tigres*. (ibíd.: 25)¹²

Se trata de un espacio en el que los límites están, en apariencia, claramente marcados: valle = seguridad; desierto = amenaza. Sin embargo, hay un subespacio de la residencia del comandante-gobernador, situada en ese valle “seguro”, identificado como potencialmente peligroso: *los jardines*, en los que Pancracio corre el riesgo de *afeminarse*. Más allá de este detalle, se puede pensar que los primeros cinco años de vida en casa del comandante son apacibles (Keller, 1978: 26). Son años de auténtica formación. En una parodia del ideal goetheano de formación omnilateral o *Bildung*, Pancracio refiere que hacía las veces de “soldado, administrador, jardinero, cazador, amigo de la casa y compañero de pasatiempos” (ibíd.: 25 y s.) (Kaiser, 1981: 285). Se trata de un espacio, por otro lado, que excluye a las mujeres. Está habitado exclusivamente por hombres que desempeñan tareas “masculinas”.

2.3 Lidia y los jardines de la casa del gobernador

Todo se transforma con la llegada de Lidia desde el encierro de la torre en Irlanda, en la que había estado viviendo junto a su madre (ibíd.: 26). Los encuentros entre Lidia y Pancracio

.....
12. El subrayado es nuestro.

tienen lugar en los jardines. En este espacio, en efecto, sólo vemos cruzarse a estos dos personajes: no ocurren otros acontecimientos en él. Esto habilita, en vista del modo en que se desarrollan los acontecimientos en el relato, a sostener que *los jardines* constituyen una *amenaza* para el héroe. Es en los jardines, como vimos, donde este *corre el riesgo de afeminarse*. El desierto y la selva fuera de los límites de la residencia del gobernador representan su opuesto, en tanto el contacto con el peligro (los animales salvajes) supone la posibilidad de masculinización. Pues bien, con la llegada de Lidia, los *jardines* se vuelven aun más peligrosos, por dos razones complementarias: allí habita, a partir de ahora, la independiente, indomable y cautivante hija del gobernador (Keller, cit.: 26); además, es en ese espacio donde Pancracio tiene que enfrentarse con su sentimiento de amor y atracción física hacia ella, con su *pasión* y los sentimientos encontrados que esto suscita en su conciencia. Abordaremos en primer lugar esta segunda cuestión.

a) A diferencia de Estercita, que hilaba “incesantemente” entre las cuatro paredes del diminuto hogar materno (ibíd.: 12), entonces, el ámbito de Lidia es *afuera* de la casa: los *jardines*. La primera acción de Lidia tiene lugar “bajo los árboles umbrosos” (ibíd.: 29), sitio en el que Pancracio está limpiando un rosal (ibíd.: 30). “Lidia vino tres veces, en el lapso de una breve hora, al lugar donde yo estaba, sin que tuviera algo que hacer o disponer” (ibíd.: 29). Al joven militar, esta actitud le resulta incomprensible. Al mismo tiempo, con todo, comprende que “desde aquella hora yo estaba enamorado de Lidia” (ibíd.: 30). Esa tarde, abrumado por sus sentimientos de amor y atracción, toma su “escopeta de dos caños” y sale “a vagar por los salvajes contornos del lugar” (ibíd.: 30). No se trata de una actividad nueva: como dijimos, la caza, una actividad masculina, funciona como remedio contra la amenaza de feminización. Esto es fundamental. En la lógica del relato, matar al animal (al tigre) es aniquilar el deseo por la mujer, esto es, acabar con un proceso de animalización del hombre, a fin de volverlo útil socialmente, de que este acate la ley simbólica (como mostraremos más adelante, sin embargo, este intento de interrumpir el proceso de animalización redundará en que Pancracio se convierte en un animal, en un oso encadenado, más precisamente). La pasión amorosa es, en la mente del héroe, un peligro, pues atenta contra sus obligaciones laborales y sociales: “en adelante no pude sentirme tan despreocupado y tranquilo en la vecindad de esa mujer” (ibíd.: 31); “desatendía mis obligaciones y no era útil para nada” (ibíd.: 34) (en este sentido específico, la pasión amorosa desbocada remite nuevamente al tópico de la inutilidad de Pancracio. El amor erótico por Lidia y la situación que imperaba en casa de su madre son semejantes en el sentido de que conducen a lo mismo: la *inutilidad práctica*). El episodio de la caza del jabalí (ibíd.: 31) debe ser pensado en estos términos, como una *renuncia neurótica* al deseo sexual.¹³

Este intento de *renuncia*, con todo, no responde sólo a un deseo de cumplir el mandato de las obligaciones sociales, puesto en peligro por la irrupción de la pasión amorosa, sino también al siguiente hecho: el sentirse enamorado de Lidia pone a Pancracio en relación con *zonas poco masculinas* de su propia psique, con pensamientos reprimidos a partir de la fuga del hogar y sobre todo de su *proceso de militarización*. A partir de su amor por Lidia, Pancracio descubre tener un sentimiento de *minusvalía* (oculto bajo su uniforme militar masculino). Esa tarde-noche en que sale de cacería, en efecto, se refiere a “la conciencia de

13. Esto es típico de muchos héroes sexualmente inmaduros de Keller. Para Titzmann, en ciertas obras de Keller se puede observar una valoración peyorativa de la mujer. Así, por ejemplo, en *Ursula*, el personaje femenino encarna la naturaleza excesiva, asocial, sin normas, a la que el individuo masculino debe renunciar a fin de conservar su identidad y ser útil a la comunidad (2002: 474).

mí mismo como persona insignificante y poco atrayente” (ibíd.: 30). “Vi mucha caza”, comenta, “pero me olvidaba de hacer fuego, porque cuando iba a disparar a una presa, pensaba de nuevo en la conducta [de Lidia], y entretanto el animal desaparecía ante mis ojos” (ibíd.: 30). De pronto lo asalta la idea de que “esa mujer aparentemente tan bella y guapa, no era a lo mejor sino un ser frívolo y libertino, que podía acercarse a cualquiera, y hasta no rehusaría enredar a un pobre cabo en una mala historia” (si bien esto queda corroborado en el relato, son muchos los pasajes por los que queda claro que Lidia está también enamorada de Pancracio. La “idea maldita” de este tiene mucho de profecía autocumplida). El sentimiento –no masculino– de minusvalía, expresado en este caso en la suposición de que los indicios de que Lidia lo ama son fruto de una mente pérfida y burlona, arraiga profundamente en su mente, se vuelve parte de su organismo.¹⁴

b) La segunda acción de Lidia en el jardín tiene lugar después de más de seis meses en los que Pancracio anda “como un noctámbulo, cargado de sueños como un manzano de sus frutos, y todo sin dar un solo paso hacia [ella]” (ibíd.: 34). Finalmente, ha tomado la resolución de abandonar la casa del gobernador para unirse nuevamente a la compañía militar inglesa (ibíd.: 35). La noche antes de partir, Pancracio sale al jardín a explicarle algunas cosas al jardinero que lo va a reemplazar. “Nos detuvimos en un vergel de esbeltas rosas, que yo había cuidado. [...] Mientras daba mis indicaciones al muchacho se aproximó Lidia, y lo despachó con cualquier pretexto” (ibíd.: 36). A esto se siguen unos instantes de gran tensión, “hasta que llegamos a un sitio en que había una o dos docenas de naranjos, que saturaban el aire con su aroma” (ibíd.: 37). Ella se sienta en un banco bajo los naranjos “y hundió su hermosa cabeza entre las manos” (ibíd.: 37). A continuación tiene lugar la *declaración de amor*.

Lidia responde a esta con frialdad (“[su] tranquila manera de hablar cayó en mi sangre ardiente como un trozo de hielo” [ibíd.: 38], acota, al respecto, Pancracio). Ella le dice: “le advierto que no siento afecto por usted, o al menos tanto como por cualquier otra persona” (ibíd.), y da cuenta de una egoísta satisfacción. Es significativo el cambio que se opera, entonces, en el joven héroe:

ante la mujer que suponía buena y afectuosa, mi corazón había temblado, mas ante *la fiera* de este falso y peligroso egoísmo no temblaba ya, como no lo hacía ante tigres y serpientes [...]. [M]e sentí de improviso tan frío y sensato como sólo puede estarlo [...] un cazador [...]. Por cierto que era una sensación rara, lúgubre, debía dejar allí la belleza que respaldaba ante mis ojos, [...] el siniestro misterio de la belleza. (ibíd.: 38)

No es menos significativo lo que Lidia replica: “¿Parece un poco disgustado, vanidoso señor, de comprobar que no es objeto de una pasión femenina, abnegada y sin límites, de que yo, pobre de mí, no sea el corderito [...] que usted imaginaba, para su satisfacción?” (ibíd.: 39). Están en juego aquí dos representaciones antagónicas de *lo masculino* y *lo femenino*, y de la relación entre ambos. Lidia agrega algo más: “yo sé ahora que le agrado y que vivo en su sangre [...]. Lo demás me resulta indiferente” (ibíd.: 39 y s.). Esta escena es índice de la independencia de Lidia respecto del joven militar y los hombres en general. Lectora de Shakes-

14. Acerca de esta idea comenta Pancracio: “se me ocurrió de forma tan inesperada que, consumido por la ira, disparé sobre un enorme jabalí que acababa de irrumpir [...], alojándose mi bala en el cerebro del animal casi al mismo tiempo y de forma igualmente imprevista como aquel abominable pensamiento en el mío, y ya me parecía que la fiera merecía mi envidia por su adquisición, en comparación con la mía” (ibíd.: 30).

peare, es una mujer autónoma, “no es sino una de esas naves de femineidad, firme, suntuosa y de derrotero recto que sabe bien lo que quiere” (ibíd.: 34). Hay un antagonismo entre la madre y la hermana de Pancracio, de un lado, y Lidia, de otro (un dato del abismo que separa a Ester de la hija del gobernador es que la primera es una figura que vive a la sombra de su madre, mientras que Lidia prefiere abandonar a la suya en la torre en Irlanda y vivir junto a su padre, pues “la diferencia de sexo” con él la hacía sentir mejor [ibíd.: 25]). Esta oposición se refleja espacialmente en las diferencias semánticas entre la *casa materna* y los *jardines*. Estrechez y apertura, ascetismo y sensualidad (los olores naturales de, por ejemplo, los naranjales), *domesticidad* esclavizante y libertad, ignorancia cultural y erudición son los pares de opuestos que definen, respectivamente, esos dos espacios, esos dos tipos de mujer.

3. Colonialismo

3.1. El discurso colonialista: el Otro de los europeos

Pancracio se convierte en explícito agente del colonialismo en tres ocasiones distintas.

- a) En primer lugar, en el *buque mercante inglés* que lo lleva a Nueva York, el héroe del relato ayuda al capitán a fabricar y restaurar “toda clase de armas de fuego y pistolas” (Keller, cit.: 23). Es aquí que aprende a manejarlas. Se lee, además, que “cuando una de esas piezas de armería tenía apenas la cohesión necesaria se la probaba con una fuerte detonación, mas nunca se la sometía a una segunda prueba, que se confiaba al piel roja o al negro de lejanas islas que compraba el arma”. A cambio, estos habitantes de las colonias les daban “valiosas mercancías de paz y tiernos productos de la naturaleza” (ibíd.: 23). No se puede decir que Pancracio apruebe o desaprobe esta actividad colonialista. En todo caso, se encuentra allí de casualidad, porque es eso lo que ha encontrado como medio provisorio de subsistencia.
- b) En segundo lugar hay que señalar su incorporación al regimiento inglés en la India. Su actividad colonialista más importante tiene lugar cuando, después del desplante amoroso de Lidia, se une a una compañía que va a combatir contra “las salvajes tribus de las montañas en la frontera más avanzada del Imperio Indobritánico” (ibíd.: 41). Al cabo de sanguinarios combates, se convierte en capitán de la compañía (ibíd.: 42), con lo que se vuelve, durante dos años, “la autoridad suprema en aquella selva pagana” (id.). “Mi tarea principal”, relata, “consistía en ser una avanzada del cristianismo y ofrecer a los misioneros de nuestra religión una protección enérgica para que pudieran llevar a cabo su obra sin peligros”. “Pero más que nada”, concede, finalmente, “tenía que impedir la cremación de mujeres hindúes a la muerte de sus maridos [...] en honor de la fidelidad conyugal” (ibíd.: 42). Luego se vanagloria de cómo, en una ocasión, logra salvar de la cremación a una joven y hermosa mujer “proporcionándole [...] una dote y casándola con un hindú a nuestro servicio, convertido al cristianismo” (id.). Más allá de todo esto, Pancracio no parece estar muy convencido de su misión geopolítico-religiosa: de pronto se vuelve a acordar de Lidia, y decide dejarlo todo para ir nuevamente en su búsqueda. Tras el fracaso de esta tentativa, se lee, “de nuevo fui hosco e impaciente, y un buen día dejé el servicio en el ejército indobritánico para largarme, repatriarme y olvidar a la mujer desalmada” (ibíd.: 44).

c) Mencionamos, finalmente, su misión como miembro del ejército francés en África del norte, al que se alista en París. Las razones por las cuales lo hace no obedecen a una *mentalidad colonialista*: comenta que en París “anduvo de teatro en teatro, y por cuanto sitio de reuniones femeninas hubiere, haciéndome presentar también en varias casas y tertulias distinguidas”, mas “todo lo que veía no me servía de más que para hacer comparaciones con Lidia y redundaba a favor de ella. [...] En una palabra, enfermé de nuevo” (ibíd.: 44). Es por ello que decide abandonar esta ciudad y regresar al ámbito de la violenta camaradería masculina en el que ha tenido tantos éxitos. En Argelia, vuelve a mostrarse, como en aquella “selva pagana” en la India, en extremo violento: cuenta que su misión era “derribarles a los beduinos de amplio manto sus ridículos sombreros de paja, de forma de torre, [y] cruzarles a golpes la cabeza, cosas que cumplí con un afán tan furioso que también ascendí entre los franceses y llegué a coronel” (ibíd.: 45). La escasa convicción con que Pancracio desempeña sus tareas en el desierto argelino queda de manifiesto en el hecho de que, tras su encuentro decisivo con el león (ibíd.: 47 y s.), presenta su dimisión, olvidándose en el acto de toda tentativa colonialista, y vuelve al hogar.

3.2. *Genderización del discurso colonialista*

No hay, ni en el relato ni en la psicología de Pancracio, un interés por cuestiones de índole geopolítica. El héroe no ha internalizado el *discurso colonialista*, sino que, a pesar de todos sus actos de violencia, se mantiene a cierta distancia de los acontecimientos. Esto obedece, podemos postular, al hecho de que el discurso colonialista está genderizado: está en función de una representación específica de la relación entre lo masculino y lo femenino. La *genderización del discurso colonialista* se manifiesta de dos formas en la novela corta: como *domesticación de lo femenino* por el sujeto colonialista (por el hombre), de un lado, y como *aniquilamiento* del deseo sexual, de lo instintivo en el hombre, en el sujeto colonialista mismo, de otro. Es decir que aquella funciona, desde la perspectiva del protagonista de *Pancracio, el hurano*, como una doble violencia: hacia la mujer (hacia fuera) y hacia su propia sensualidad humano-animal (hacia dentro).

Domesticación de lo femenino

Best da cuenta de una tradición arraigada en el pensamiento occidental, que consiste en la “transferencia de los atributos de la mujer al espacio”, lo cual, a su vez, es concomitante de la identificación de los atributos masculinos con los del tiempo (Best, 2002: 185). La *masculinización* del tiempo (esto puede ponerse en relación con el *instinto formativo* que, en la novela corta, es un atributo exclusivamente masculino) y la *feminización* del espacio implican que este último, como la naturaleza y el cuerpo femenino, desde esta perspectiva, se constituyen en elementos susceptibles de ser dominados y domesticados por el hombre (ibíd.: 187). Si en términos geopolíticos no puede decirse que Pancracio sea un sujeto colonialista, esto sí puede aplicarse a su visión de lo femenino y de su “misión” en relación con ello.

La *domesticación extrema* de lo femenino por lo masculino (por Pancracio) está representada por aquella mujer hindú que salva de las llamas. El héroe comenta que, al hacerlo, ella “se portó como una posesa y quería a todo trance quemarse con el viejo rancio [i.e. su marido muerto], de modo que tuve gran trabajo para dominarla y apaciguarla” (ibíd.: 42).

Al parecer, tiene éxito en este cometido: la casa con un hindú cristianizado por el cual ella “llegó a sentir mucho cariño” (id.) (la pasividad extrema de esta mujer remite a la madre y la hermana de Pancracio,¹⁵ en términos de mujeres ideales para el varón). Después de este episodio, el héroe queda admirado de la “fidelidad conyugal” de estas mujeres, con lo cual se despierta en él “el deseo de disfrutar de semejante fidelidad incondicional” (id.). Es esta la razón que lo lleva de nuevo a casa del gobernador.

En el camino, fantasea acerca de la posibilidad de *domesticar* a Lidia (“me figuré una vida en la que un marido prudente y hábil supiera transformar día a día y hora a hora las perversidades y las deficiencias de una consorte” [ibíd.: 43]). Concibe el proyecto de desposarla y volverla aquel “corderito” del que esta se mofaba. El joven revela estar poseído por esta “idea fija” (id.) (nótese el contraste con la poca convicción con la que emprende las empresas coloniales propiamente dichas). Mas, a diferencia del éxito que tiene en sus misiones militares, con Lidia fracasa rotundamente. De nuevo prevalece la doble razón que hemos comentado más arriba: de un lado la independencia indomable de Lidia, de otro, los sentimientos de minusvalía del héroe. Se revela finalmente que Lidia “sentía el amor a sí misma con tanto vigor como si fuese el amor hacia un hombre” (ibíd.: 37): Pancracio la reencuentra rodeada de pretendientes a los que ella desestima, al mismo tiempo que se siente alagada en una “morbosa exaltación” (ibíd.: 43). Lidia resulta inalcanzable en su independencia femenina autoconsciente; por otro lado, la presencia de otros pretendientes constituye un obstáculo insuperable para el héroe, en vista de sus no superados sentimientos de minusvalía.

Lidia no puede ser subyugada “pacíficamente”, por la vía del matrimonio, a la manera de aquella mujer hindú. Es *incolonizable*. Tiene lugar, en vista de esto, un doble proceso: por un lado, de *animalización* de la hija del gobernador y, por otro, de *sublimación*, por parte de Pancracio, de su deseo no consumado, en la forma de una *violencia* contra los *sujetos subalternos* de las colonias y, simbólicamente, el león. *La domesticación imposible de Lidia encuentra su solución en su muerte simbólica*. Fracasada la vía “pacífica” de domesticación, en efecto, la relación entre aquel y el objeto de su amor adopta la forma de la del *cazador* y la *presa*. Al final de la disputa que sigue a la declaración de amor de Pancracio, Lidia deviene “fiera” (ibíd.: 39); él la llama “burra” y “gansa”, y menciona que “su boca, tan hermosa otrora, [estaba] desfigurada ahora por un gesto torcido y fiero” (ibíd.: 40). Entiende lo que le sucede con Lidia en los términos de la caza, y que su “salvación” reside en la adopción de la frialdad del cazador (dice sentirse “como [...] un cazador que de súbito se ve enfrentado a una jabalina cuando esperaba una corsa noble y tímida”). Luego reprime un deseo irracional (¿de poseerla por la fuerza, de matarla?) (“la situación era extremadamente tensa, al punto que advertí que yo estaba a punto de cometer una tontería o una insensatez, cosas en las cuales estaba resuelto a no incurrir” [ibíd.: 36]). Ante la imposibilidad de satisfacerlo en el cuerpo de Lidia, aquel se manifiesta, primero, como *violencia colonialista* (en la selva “pagana” y más tarde en el desierto argelino, como ya mostramos), y luego, como la violencia de un cazador contra un león.

El león, en cierta medida, además de *símbolo del sujeto subalterno de las colonias*, es Lidia y, con ella, *lo femenino no domesticado* (no sólo el león, también el jabalí al que Pancracio mata luego del episodio en el que se enamora de Lidia). Esto queda claro al estudiar el proceso de ani-

15. Cf. Spivak: “Si en el contexto de la producción colonial el individuo subalterno no tiene historia y no puede hablar, cuando ese individuo subalterno es una mujer su destino se encuentra todavía más profundamente a oscuras” (1998: 199).

malización de la hija del gobernador, y más aun si se tiene en cuenta el paralelismo existente entre la escena de la declaración de amor y la del encuentro con el león:¹⁶ así como el “peligroso egoísmo” de Lidia lo encuentra “desarmado” (“esperaba una corsa” y dio con una “jabalina” [ibíd.: 38]), la aparición de la fiera tiene lugar en un momento en el cual el joven militar deja su escopeta para bajar a beber agua en una *cañada* y lo asalta, por otro lado, el recuerdo de Lidia (ibíd.: 46) (para este paralelismo estructural, v. Kaiser, 1981: 290). Es en este preciso instante de debilidad que aparece el león, la “fiera”, ¿Lidia? (íd.). La bestia salta sobre la escopeta de Pancracio, que este ha dejado olvidada al bajar al arroyo a beber agua. El arma de fuego, símbolo de su *virilidad masculina* (que conocemos ya desde el buque que lo ha llevado a Nueva York), ha quedado bajo el león, “bajo su abdomen”, más precisamente. Las connotaciones sexuales de esta escena, si bien sutiles, están presentes. El episodio concluye con la aparición de dos soldados franceses con cuya ayuda el héroe da muerte a la fiera. La matan con brutalidad excesiva: Pancracio le dispara dos veces en una oreja y, además, junto a sus compañeros, dice, “tuvimos que hacer pedazos las culatas de nuestras armas en [su] cuerpo” (Keller, 1978: 48). Pocos días después, mágicamente curado de su hurañía, vuelve al hogar materno, llevándose de recuerdo la *piel del león*.¹⁷ Hay otro hecho que sirve para pensar en la “muerte” (o el asesinato) de Lidia: cuando Pancracio les relata a su madre y hermana la parte de su historia en la que tiene lugar su relación con Lidia, las mujeres se quedan dormidas. A la mañana siguiente, le piden al coronel que les cuente de nuevo su historia de amor, pero este les responde que “la había contado una sola vez y que no volvería a hacerlo jamás; que aquella había sido la primera y la última oportunidad en que con alguien se acordara de la malhadada intriga amorosa, y punto final” (ibíd.: 48). Entonces ellas le proponen que aunque sea les diga su nombre. Él les responde: “¡Jamás volveré a pronunciar ese nombre!”. Y el narrador asegura finalmente que “cumplió con su palabra, pues nadie volvió jamás a oírlo de sus labios, y al final parecía como si él mismo lo hubiese olvidado” (ibíd.: 48).

Autocolonización masculina

Ahora bien: constituye también un hecho constatable que el proceso formativo de Pancracio es, en realidad, un proceso de *militarización e institucionalización* y de *represión* de sus instintos sexuales, del deseo (Kaiser, 1981: 286). El aniquilamiento violento del león puede ser entendido, en este sentido, ya no como un asesinato simbólico de Lidia, sino como destrucción del deseo (esta lectura puede confirmarse mediante un cotejo entre el episodio del león en *Pancracio, el huraño* y los episodios del tigre y, de nuevo, el león, en el relato *Novela corta* [Novelle] (1828), de J. W. Goethe, que constituye uno de sus intertextos).¹⁸ De modo que el

16. También se podría tener en cuenta el modo en que Lidia y Pancracio se acercan y se alejan, es decir, la coreografía de su relación, con la manera en que este último sigue el rastro del león: se habla de una “fiera”, de un “sujeto muy ladino”, y el narrador comenta que “anduvimos durante varios días, uno en pos del otro, como dos gatos que quieren zamarrear, yo mudo como una tumba y él rugiendo estruendosamente de tanto en tanto” (ibíd.: 45 y s.).

17. Es llamativo el modo en que la ya avejentada Estercita reacciona al verla: “cogió la piel de león por la majestuosa y larga cola, la arrastró por el suelo, muerta de risa y exclamando una y otra vez: ‘¿Pero qué piel es esta? ¿Qué monstruo es este?’” (ibíd.: 18).

18. En *Novelle*, Honorio mata al tigre con un disparo en la cabeza, queriendo, al mismo tiempo, aniquilar su inclinación por una princesa ya comprometida. La piel de la fiera, piensa, ha de lucirse en el trineo de esta última, como símbolo, a decir verdad, de una renuncia a la princesa, ya desposada y, por lo tanto, prohibida (Goethe, 1992: 25). Este gesto, que simboliza el aniquilamiento de la pasión por la razón, con todo, es mostrado como erróneo y perjudicial por los propios sucesos del relato.

proceso de *humanización*, de *Bildung* de Pancracio (recordemos que la novela corta de Keller se inscribe en la tradición de las *Bildungsromanen* y del *Bildungsroman*) concluye no en la adquisición de una personalidad omnilateral, sino en un baño de sangre (en el asesinato del león, en el aniquilamiento de una dimensión de lo humano: el erotismo) (Kaiser, 1981: 294).

Pancracio decide regresar, entonces, a su casa, curado de su hurañía, esto es, dispuesto a convertirse en un hombre sociable y trabajador, a hacer que “la vida fuese lo más agradable posible para mí y para los demás” (ibíd.: 47). Sabemos, con todo, que ha abandonado sus posibilidades de ser feliz: “por fin, me di vuelta para alejarme, sin volver a mirarla, pero con la sensación de que en ese momento dejaba a mis espaldas para siempre todo lo que en esta vida me pudo haber correspondido de dicha íntegra” (ibíd.: 41), se lee en ocasión de la última vez que ve a Lidia. Pancracio paga un precio muy alto por su inserción social, por su *madurez*. Al final, ya convertido en un hombre formado, él se *animaliza* también (como Lidia). La mañana en que regresa a casa tras quince años de ausencia, sucede otra cosa fuera de lo común: tiene lugar, antes de la llegada del coronel, un desfile circense que atrae a los chicos del pueblo. Entre otras cosas maravillosas, “conducido por su nariguera, apareció un gran oso; dos o tres hombres conducían la caravana”. No sólo el hecho de que el oso se enfade como lo hacía Pancracio en la casa materna (“el oso ejecutó sus danzas y demostró sus habilidades chuscas, a la par que, a veces, *gruñía malhumorado*”), también que su madre lo identifique con este animal (“el oso malo le inspiraba lástima, y de nuevo se acordaba del desaparecido” [ibíd.: 16]) revela que la aparición, pocos minutos después, de Pancracio mismo, debe ser entendida en el sentido de que este regresa a casa *encadenado*, disminuido en su libertad como esa bestia circense. *La aniquilación de su instinto animal lo ha convertido en un animal encadenado*.

4. Conclusiones

En *Pancracio*, el huraño el espacio *natural* de la mujer es el ámbito doméstico; su actitud, la *pasividad* y *fidelidad* al varón (representada ejemplarmente en la joven mujer hindú, de un lado, y en la madre y la hermana de Pancracio, que lo esperan fielmente durante quince años, de otro). Las mujeres independientes (Lidia), que no aceptan esa restricción, se vuelven bestiales, representan una femineidad excesiva y peligrosa para el hombre. Este, por su parte, es, por naturaleza, *activo*, y posee un *instinto formativo* que lo impulsa a *viajar* (a volverse un *homeless* [Heynen]) y progresar, adquirir una personalidad independiente). El héroe del relato, en efecto, *viaja y se forma*, pero en su constitución psíquica hay elementos disruptivos: su hurañía infantil, reprimida en un proceso de *institucionalización* y *militarización* que se inicia tras su huida del hogar, se manifiesta más tarde en la forma de un poco masculino *complejo de inferioridad*, que le imposibilita encauzar maduramente su *deseo sexual* hacia la mujer de la que se enamora. Lidia, una mujer-bestia, independiente, se convierte en una amenaza, por su independencia misma, y porque en ella se encarna su *deseo masculino*, que él mismo concibe como un peligro en su maduración personal, entendida estrictamente en términos de *utilidad social*. Lidia (demasiado emancipada) y Pancracio (que se siente inferior a los demás y no sabe cómo conciliar su deseo con el mandato social) simbolizan, en este sentido, la imposibilidad del entendimiento mutuo entre los géneros (“hay épocas nefastas en las que los sexos intercambian sus enfermedades y uno participa de las flaquezas del otro”, afirma al respecto el héroe del relato [1978: 28]). El *casamiento* artificial con su madre y su hermana, al final de la narración, es un irónico *happy end* que constata esto mismo.

En fin: hay, por otro lado, se puede pensar, una *crítica* al *proceso civilizatorio europeo* y su dominio del mundo por la fuerza, que es explicado en términos *psicologistas* como *mecanismo de compensación en un sentido doble*: reacción del hombre ante la emancipación de la mujer (animalización de Lidia) y sublimación del deseo antisocial (temor ante la propia animalización). La economía colonialista es descrita en el relato, en primer término, como un proceso que supuestamente lleva la destrucción a las colonias y la paz y el bienestar a la metrópoli.¹⁹ *Pancracio, el huracán* delata, con todo, que este *intercambio* no es gratuito para el sujeto colonialista europeo. El símbolo central en este punto es el *león*: su destrucción no implica sólo el asesinato simbólico de Lidia, sino también la represión de la dimensión erótica de la propia individualidad. Más aun, el león argelino es encarnación del sujeto subalterno mismo (del hindú, del beduino): esto habilita a pensar en una relación de solidaridad entre las nociones de *violencia de género*, *colonialismo* e *integración social vía represión del deseo*. No es más que la ambigua variante kelleriana –misógina (ya que la liberación femenina es vista como un *mal*) pero anticolonialista– de una preocupación recurrente en la época del *Realismo poético* alemán (piénsese sobre todo en la crítica antiimperialista a la prusianización de Alemania en la obra tardía de Theodor Storm). •

19. Recordemos que, en el buque que lo lleva a Nueva York, el héroe repara y confecciona armas de fuego “para trocarlas, cuando llegaba la oportunidad, en las costas habitadas por los salvajes, por valiosas mercancías de paz y tiernos productos de la naturaleza” (ibíd.: 23).

Bibliografía

- BAYDAR, Gülsüm. 2005. "Figures of wo/man in Contemporary Architectural Discourse". En Heynen, Hilde y Gülsüm Baydar (eds.), *Negotiating Domesticity: Spatial Productions of Gender in Modern Architecture*. Routledge: Londres/Nueva York, pp. 30-45.
- BENJAMIN, Walter. 1991. "Gottfried Keller. Zu Ehren einer kritischen Gesamtausgabe seiner Werke". En Tiedemann, Rolf (ed.), *Gesammelte Schriften*. Vol. II/3. Fráncfort d. M.: Suhrkamp, pp. 283-295.
- BEST, Sue. 2002. "Sexualizing Space". En Grosz, Elizabeth y Elspeth Probyn (eds.), *The Strange Carnalities of Feminism*. London: Routledge, pp. 181-194.
- BONDI, Liz y Joyce Davidson. 2003. "Trobling the Place of Genre". En Anderson, K., et al. (eds.), *Handbook of Cultural Geography*. Sage: London/New Delhi, pp. 325-343.
- BÖNING, Thomas y Gerhard Kaiser. 1985. "Kommentar". En Keller, Gottfried, *Sämtliche Werke*. Vol. 2. Fráncfort d. M.: Deutscher Klassiker, pp. 899-1387.
- BREITENBRUCH, Bernd. 1968. *Gottfried Keller in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*. Hamburgo: Rowohlt.
- ERMATINGER, Emil. 1990. *Gottfried Keller. Eine Biographie*. Zurich: Diogenes.
- FOUCAULT, Michel. 2010. "Espacios diferentes". En *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Buenos Aires: Nueva Visión, pp. 63-81. Trad. de Víctor Goldstein.
- GARCÍA RAMÓN, María Dolors. 2006. "Geografía del género". En Lindón, Alicia y Daniel Hiernaux (dirs.), *Tratado de geografía humana*. Universidad Autónoma Metropolitana: Anthropos, pp. 337-355.
- GOETHE, Johann W. 1992. "Relato". En Hofmannsthal, Hugo (comp.), *Cuentos románticos alemanes*. Madrid: Siruela, pp. 17-32. Trad. de Seijo Castroviejo, María Antonia y Begoña Llover.
- GSELL, Hanspeter. 1996. *Einsamkeit, Idyll und Utopie. Studien zum Problem von Einsamkeit und Bindung in Gottfried Kellers Romanen und Novellen*. Fráncfort d. M.: Peter Lang.
- HERNÁNDEZ, Isabel. 1996. Introducción. En Keller, Gottfried. *La gente de Seldwyla* (ed. de Isabel Hernández). Madrid: Cátedra, pp. 9-98. Trad. de Gonzalo Tamames.
- HEYNEN, Hilde. 2005. "Modernity and domesticity. Tensions and contradictions". En Baydar, Gülsüm, cit., pp. 3-29.
- KAISER, Gerhard. 1981. "Die Leute von Seldwyla oder Poesie und Kapitalismus". *Gottfried Keller. Das gedichtete Leben*. Fráncfort d. M.: Insel, pp. 270-393.

- KELLER, Gottfried. 1953. "Pankraz, der Schmoller". En *Sämtliche Werke in zwei Bänden*. Vol. 1. Múnich: Droemer, pp. 612-650.
- _____. 1978. *Pantracio, el hurraño*. En *La gente de Seldwyla*. CEAL: Buenos Aires, pp. 11-48. Trad. de Pedro von Haselberg.
- POLLOCK, Griselda. 1988. "Modernity and the Spaces of Femininity". En *Vision and Difference. Femininity, Feminism, and the Histories of Art*. Routledge: Londres/ Nueva York, pp. 50-90.
- SAID, Edward W. 1990. Introducción. En *Orientalismo*. Madrid: Libertarias, pp. 19-49. Trad. de María Luisa Fuentes.
- SPIVAK, Gayatri. 1998. "¿Puede hablar el sujeto subalterno?". *Orbis Tertius* 6, pp. 175-235.
- TITZMANN, Michael. 2002. "Natur vs Kultur: Kellers *Romeo und Julia auf dem Dorfe* im Kontext der Konstituierung des frühen Realismus". En Titzmann, M. (ed.), *Zwischen Goethezeit und Realismus. Wandel und Spezifik in der Phase des Biedermeier*. Tübingen: Niemeyer, pp. 441-480.
- VEDDA, Miguel. 2001. "Elementos formales de la novela corta". En *Antología de la novela corta alemana. De Goethe a Kafka*. Buenos Aires: Colihue, pp. 5-24. Estudios preliminares, traducción y notas de Fernanda Aren, Silvina Rotemberg y Miguel Vedda.

Martín Koval

Licenciado en Letras y doctorando en la Universidad de Buenos. Auxiliar docente de la cátedra Literatura Alemana (FFyL, UBA) y becario de doctorado (UBA, 2009-2012, y de Conicet a partir de 2012). Sus especialidades son la *novela de formación* y el *Realismo poético* (Gottfried Keller, Adalbert Stifter et al.). •